

minarlas. Los mexicanos llamaban á los diseños "cara pintada"; hallábanse á sólo dos millas y media al N.O. de la ciudad, y eran interesantes. Los dibujos estaban rudamente grabados á pico en las rocas de felsita, bastante suaves, sobre un tajo perpendicular de la parte baja de la sierra, como á cuarenta pies sobre el lecho del arroyo ó quiebra. Todas las figuras humanas estaban diseñadas en el estilo característico que encontramos más al norte, figuradas las manos y los pies con tres líneas radiantes, á semejanza de pisadas de pájaro. El tamaño de la figura, esculpida dentro de una especie de marco, es de veinte pulgadas de ancho por veinticuatro de largo, y cada una de las tres figuras del grupo próximo de abajo, tenía como 18 pulgadas de altura. Algunos de los dibujos representan evidentemente á la libélula deificada que se ha encontrado casi donde quiera entre las ruinas de Arizona y el norte de México. Hay también círculos concéntricos, la espiral de forma convencional y el dibujo del laberinto, tan común entre los indios americanos del norte y todavía usado entre los moquis. Nuestro botánico, Mr. Hartman, me llamó la atención hacia un interesante cacto que presenta hermosamente la forma de un candelabro, y que alcanza una altura de tres á cinco pies. Al envejecer, los nudos extremos de las ramas se ponen macizos y pesados, y son fácilmente arrancados por el viento. Los nudos, como todas las demás partes de la planta, están enteramente cubiertos de numerosas espinas de una pulgada, y muchos de ellos, al asegurarse en la tierra floja y húmeda, crían raíces en donde caen. De este modo se forman muchas nuevas plantas que crecen alrededor de la planta madre. En las pedientes, las plantas pequeñas forman hileras como de cuarenta pies de extensión. Producen también fruto, pero muy escaso en comparación con el de otras especies de cactos que crecen en las cercanías.

## CAPÍTULO II

NOTABLE PIEZA ANTIGUA—UNA NUEVA ESPECIE DE PLANTA DE CIENTAÑOS—LLEGADA Á NACORI, AL PIE DE LA SIERRA MADRE—TRINCHERAS—UN COLMILLO DE MAMUT—TREPANDO LA SIERRA MADRE—DESCUBRIMIENTO DE UNA NUEVA ARDILLA—SOLEDAD EN LA SIERRA—MONUMENTOS APACHES—LLEGADA Á LO ALTO DEL RÍO BABISPE.

DE Granados marchamos hacia el oriente, pudiendo al fin cruzar el río Babispe que, á causa de las fuertes lluvias en la sierra, había estado por algún tiempo desbordado. Partiendo de este punto, de donde el terreno va

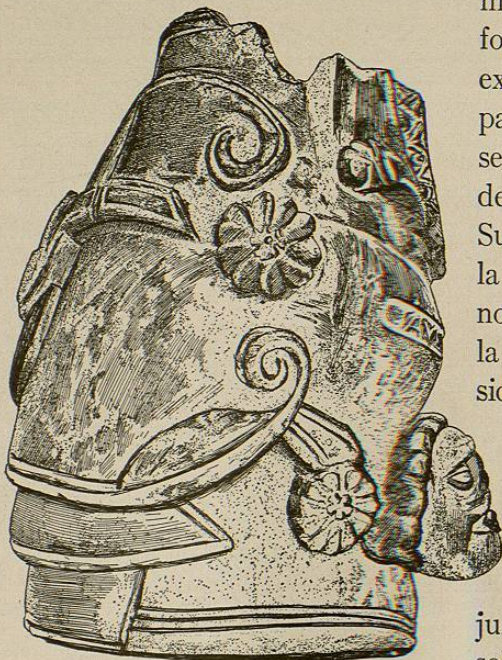


La iglesia de Bacadehuachi.

ascendiendo gradualmente, llegamos á Bacadehuachi, pequeño pueblecillo notable por su iglesia, maciza construcción de adobe, cuyo aspecto parecía un tanto fuera de proporción

en aquellas montañas. Fue construída por los franciscanos hace más de cien años, en el mismo sitio que ocupaba una iglesia jesuita más antigua, de que aun quedan restos, la que á su vez había sido erigida sobre las ruinas de un antiguo templo.

Examinando la iglesia, encontró el Profesor Libbey que una de las fuentes ó pilas de agua bendita era una pieza

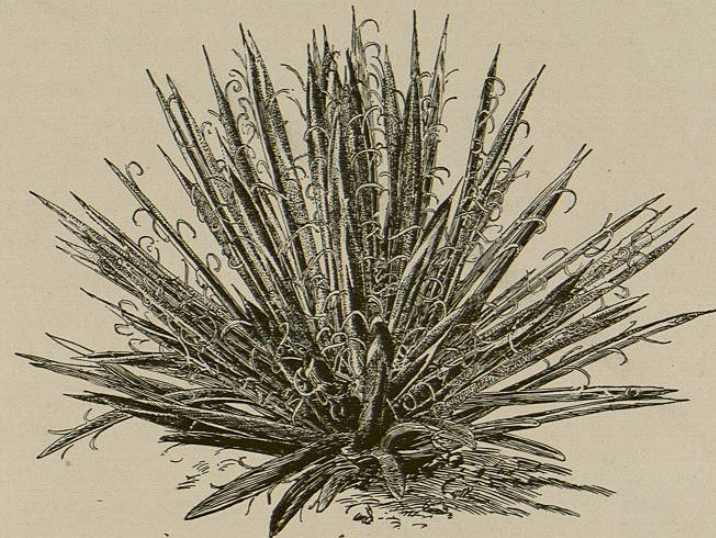


Vaso azteca encontrado en la iglesia de Bacadehuachi. Altura, 37 cm.

muy antigua, y nos informaron que había sido extraída de los restos del pagano templo cuando se hicieron los cimientos de la construcción actual. Su mérito estético llamó la atención aun á los ignorantes constructores de la iglesia, quienes consideraron que debía ocupar un lugar en la nueva catedral, donde servía para el uso expresado. Desgraciadamente se juzgó necesario grabar sobre el antiguo modelado algunas letras romanas en indicación del nuevo objeto á que se consagraba el vaso. Aunque con ello salió perdiendo en su carácter general, dicha vasija es una reliquia valiosísima del México prehistórico, no sólo considerada como obra maestra del arte antiguo, sino aun más como poste ó mojón para señalar el límite de las emigraciones aztecas. No fue posible obtenerla desde luego, pero pocos días después mandé suplicar á un caballero de Granados, cuya esposa había sanado de una enfermedad con

un remedio que le di, que interpusiera su influencia con el sacerdote, y debido á ello tuve la satisfacción de adquirir tan valiosa reliquia histórica. El vaso es de una piedra blanda y untuosa, parecida á la esteatita (piedra de jabón), verdadera agalmatolita, mineral vulgarmente llamado piedra de pagoda. Por la boca de la cabeza humana esculpida al frente, pasa un tubo de cobre que taladraba la gruesa pared del vaso penetrando á su interior. Dicho tubo había sido tapado para apropiarse la pieza á su nuevo objeto.

un remedio que le di, que interpusiera su influencia con el sacerdote, y debido á ello tuve la satisfacción de adquirir tan valiosa reliquia histórica. El vaso es de una piedra blanda y untuosa, parecida á la esteatita (piedra de jabón), verdadera agalmatolita, mineral vulgarmente llamado piedra de pagoda. Por la boca de la cabeza humana esculpida al frente, pasa un tubo de cobre que taladraba la gruesa pared del vaso penetrando á su interior. Dicho tubo había sido tapado para apropiarse la pieza á su nuevo objeto.



*Agave Hartmani*, nueva especie de planta centenaria.

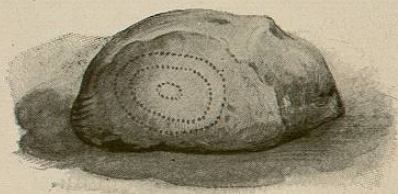
Caminando durante varios días á través de encinos y mezquites, sobre lomas y cuestras, llegamos á Nacori, pobre pueblo situado en las colinas del pie de la Sierra Madre. Está apenas á cuarenta millas de Granados, á una elevación de 3700 pies. Nuestro campamento, á unas dos millas fuera del pueblo, estaba impregnado de un delicioso aroma de acacia, y el agua de las montañas vecinas, aunque fuertemente saturada de hierro, era potable.

En esta región encontró Mr. Hartman una nueva forma de agave, con delicadas rayas blancas en las lanceoladas

hojas que forman roseta en la base de la planta. El pedúnculo es sólo de 12 á 13 pulgadas de alto, y no me sorprendería que esta hermosa y diminuta planta llegase alguna vez á estar de moda en los invernaderos. Crece abundantemente en las grietas de las rocas, y amenudo los cortes perpendiculares de los cañones se veían tachonados de sus brillantes rosetitas, cuando la sequía había acabado con toda vejetación herbácea.

Hice desde ese lugar una excursión al sitio que había ocupado un antiguo pueblo. Vi, como de ordinario, restos de pequeñas habitaciones, barracas de tosca piedra y fragmentos de vasijas. Encontramos tres morteros ó molcajetes y una mano de los mismos, notable número de metates (piedras en que se muele el maíz), con sus correspondientes moledores, todo lo cual hacía presumir que había existido una población considerable acumulada en pequeño espacio.

Pero el rasgo de antigüedad mas notable advertido á medida que avanzábamos en nuestro viaje, eran curiosos terraplenes de piedras, construídos á través de las estrechas barrancas. Llámanles allí trincheras. No parecen algunas



Antiguo dibujo picado en un trozo de traquita de un pie cuadrado.

ser muy antiguas y muchas ofrecen el aspecto de paredes hundidas; pero las piedras empleadas en su construcción se utilizaron en su estado natural, aun las demasiado grandes é irregulares. El material de construcción era siempre el que cada localidad podía proporcionar: donde abundaba el terreno conglomerado, con grandes cantidades de guijarros desgastados por el agua, usábanse éstos; donde prevalecía el pórfido, se empleaban grandes losas de este material. No hay huellas de que se labraran y cortaran dichas piedras, pero es evidente que el trabajo de albañilería era

bastante hábil. Las paredes no son verticales, sino un tanto inclinadas hacia la base en que se erigen. La terraza así formada se ve frecuentemente llena de tierra hasta la altura de la pared, en un espacio de quince á veinte pies. La tierra que hay allí no parece tener color ninguno. Algunas de las trincheras miden 30 pies de longitud por cuatro de altura, mientras que las más pequeñas que vi tienen sólo cinco pies de largas por tres de altas. Naturalmente las más grandes se encuentran en la parte más baja de las barrancas, y podían encontrarse otras tan grandes como á veinticinco pies atrás y en sitio más alto. Conforme asciende y se estrecha el arroyo, las trincheras de la loma, colocadas cada una un poco más arriba que la precedente, son necesariamente más pequeñas.

En las montañas de cerca de Nacori, especialmente al este y al oriente, encontramos trincheras casi en cada declive hasta una altura de seis mil pies, aun cuando las crestas empinadas y las cumbres de la montaña no tienen rastro de ellas. En un arroyo que tenía cerca de mil pies de anchura y de un declive relativamente suave, contamos veintinueve trincheras, desde el lecho de la corriente principal hasta la altura de la montaña. Algunas estaban enteramente próximas, habiendo tres que guardaban entre sí una distancias de dieciocho pies.

Tienen estas trincheras cierta semejanza con los jardines aterrizados de los indios moquis, y es evidente que han servido para fines agrícolas, tales como se usan hoy por los tarahumares (página 151). Verdad es que son muy numerosas, y que se encuentran á veces en lugares inadecados para sembrar; pero por otra parte, son pocas las que se hallan lejos de los restos de habitaciones, lo que hace razonablemente inferir que las casas en ruinas, lo mismo que las trincheras, se debieron á la misma raza. Algunas de las terrazas sirvieron sin duda para proteger los sembrados contra los enemigos y animales salvajes; pero no es posible suponer

que hayan estado dedicadas para presas de irrigación, no obstante que á través de algunas de ellas vimos correr el agua que provenía de un pantano, y es menos probable que hayan servido para fines mineros.

No bien dejamos atrás los llanos del monte de Sonora y el campo comenzó á ser montañoso y accidentado, se hicieron más notables dichas características construcciones, mostrando primeramente mayor semejanza de paredes construídas sólo á lo largo de las faldas de los cerros y sin cruzar las quiebras. Parecían más numerosas en la parte occidental y central de la sierra, ó sea en sus espolones y cerros inferiores, que en el lado oriental de la gran cordillera. En cuanto á la parte que se extiende al sur, no se encuentran más allá de la mitad del Estado de Chihuahua. El Capitán Bourke, en su libro "Una Campaña Apache" dice que "en todo lugar cubierto se descubrían ruinas, construcciones, muros y presas edificados por una raza, hoy extinguida, que poseía tales regiones." Mr. A. F. Bandelier, en su viaje que emprendió á la parte superior del Yaqui en 1885, llegando hasta Nacori, hace también referencia á la mismas, y el profesor W. J. McGee, en su expedición verificada en 1885, encontró en el norte de Sonora ruinas conocidas en la localidad con el nombre de *Las Trincheras*, las que consideró como la obra prehistórica más perfecta cuya existencia se conocía en aquella región de México, y dice que están formadas de terrazas, paredes de piedras y fortificaciones cerradas, hechas de piedras sueltas, que rodean casi dos cerros aislados.

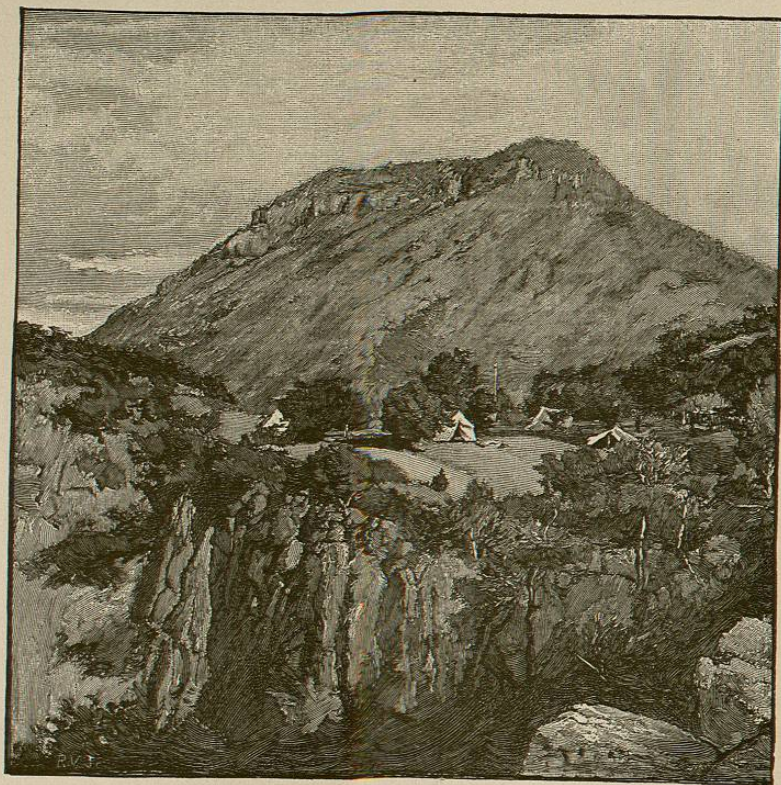
No dejaré de mencionar que en una exploración de dos semanas por las montañas próximas á Nacori, Mr. Stephen y personas que lo acompañaban no encontraron fragmentos de vasijas, hojas de obsidiana, ni metates. Dijéronnos que no había en aquella región otras huellas de algún antiguo pueblo que los centenares de trincheras que cruzaban las bajas cuencas de los arroyos.

Era digno de notar, sin embargo, el frecuente encuentro de antiguas veredas en los cerros, algunas de las cuales se advertían con toda claridad en una extensión de tres á cuatrocientas yardas. Viejas encinas extendían sus ramas por sobre muchas de ellas, casi hasta tocar el suelo.

Estando en Nacori me dijeron los habitantes que á no mucha distancia de allí había varios depósitos de huesos gigantes, nombre que se da á los fósiles en aquellos lugares, donde la gente supone que los grandes huesos pertenecieron á gigantes. No disponía yo entonces ni de tiempo ni de hombres para hacer excavaciones de alguna importancia; pero Mr. White, el mineralogista de la expedición, á quien envié á observar lo que había, y que dedicó una semana al examen de aquellos depósitos, me informó que uno de ellos, situado en un valle á 16 millas al sur de Nacori, era un yacimiento arcilloso como de 30 pies de anchura y cerca de milla y media de largo. En los linderos de este campo, descubrió un colmillo de 6 pies 8 pulgadas de longitud y 26 pulgadas en su mayor circunferencia, que formaba casi la curva de un círculo. No estaba petrificado y carecía de núcleo, pero tenía la cavidad llena de arcilla y presentaba un hermoso color de caoba. Era indudablemente un colmillo de mamut.

Desde el principio me había llamado la atención la grande ignorancia de la gente de Sonora respecto á la Sierra Madre. La persona más prominente de Opoto, población escasamente á 40 millas de la sierra, me dijo que no sabía á qué distancia quedaría, ni pudo decirme exactamente donde estaba. Ni en Nacori, tan próximo á la majestuosa cordillera, se sabía mucho más, pudiendo decirse que el conocimiento de los mexicanos á ese respecto se reduce verdaderamente á esto: que es un inmenso desierto poblado de montañas á donde es muy difícil llegar; que se necesitarían unos ocho días para ascender á alguna de las altas cumbres; que contienen inmensos pinares habitados por

ciervos, osos y carpinteros extraordinariamente grandes, capaces de derribar árboles enteros, y que en medio de aquellas montañas quedan aún restos de un pueblo extinguido hace largo tiempo, que cultivaba el suelo, vivía en sociedad y construía monumentos y hasta puentes sobre algunos cañones de la sierra.



Cerros del noroeste de Sonora.

Tan general ignorancia se debe principalmente al hecho de que hasta hace muy poco tiempo toda esa parte de la sierra, desde el límite de los Estados Unidos hasta unas 250 millas al sur, se encontraba bajo el completo poder de los salvajes apaches. Del centro que ocupaban en sus montañas estos merodeadores hacían incursiones devastadoras en los

Estados próximos, al este y al oeste, cayendo sobre las haciendas, entrando á pillaje en los pueblos, llevándose los caballos y ganados, matando á los hombres y sometiendo á la esclavitud á mujeres y niños; debido á ello se hacía impracticable el laboreo de las minas; las haciendas quedaban desiertas, y las iglesias construídas por los españoles se reducían á ruinas. Aquellos indios se habían hecho dueños absolutos de todo y eran tan temerarios que hubo tiempo en que dedicasen cierto mes del año para sus pillajes, al cual daban el nombre de "la luna de los mexicanos," sin que ello fuera obstáculo para robar en las otras estaciones. Á menudo los perseguían las tropas hasta las montañas; pero los "valientes" eran tan diestros en el tiro, y se escondían tan bien en las fortalezas naturales de su nativo dominio, que la persecución no daba nunca resultado y los mexicanos estaban del todo paralizados por el terror. Era tan grande el miedo á aquellos saqueadores, que hasta en la época en que fui por primera vez á ese territorio, los mexicanos no consideraban delito el matar á quema ropa á un apache.

Dicha tribu se había convertido en tan grande calamidad, que el Gobernador de Chihuahua obtuvo de la Legislatura un decreto por el cual se ponía á precio la cabeza de los apaches; pero pronto tuvo que revocarse esta disposición, en vista de que los mexicanos, ávidos de obtener la recompensa, se dieron á matar pacíficos Tarahumares, á quienes les arrancaban la cabellera juntamente con la piel de la cabeza, todo lo cual, por supuesto, era muy difícil probar que no pertenecía á los apaches.

Aun entonces no era del todo seguro el tránsito por la Sierra Madre, debido á que había apaches descontentos, que á menudo abandonaban las reservaciones de San Carlos en Arizona, y no había medio de inducir á los mexicanos á que se aventurasen solos por aquella vastas regiones desconocidas de rocas y bosques, en donde abundaban tan dolorosos